

7. De la expectativa a la esperanza

El paso más importante, o incluso se podría decir: el *salto* más importante que hay que dar y volver a dar para recorrer este camino de la vida es el que va *de la mera expectativa a la esperanza*.

Nosotros, ante cada problema, dificultad, carencia, reaccionamos con el instinto de la expectativa de lo inmediato, de la espera de una solución, de una satisfacción, es decir, de algo que venga a satisfacer nuestra necesidad lo antes posible. La cultura informatizada y consumista del “aquí y ahora” ha acentuado esta tendencia, o al menos la ha convertido en una condición permanente en la que experimentamos todo: las relaciones humanas, el trabajo, el estudio, la concepción del tiempo, la salud y la enfermedad, etc. Pero también la religión, y por tanto también el modo de vivir una vocación, aunque sea monástica y contemplativa.

La Bula del Papa Francisco para el Jubileo tiene también un pasaje muy explícito al respecto, cuando habla de la paciencia: “Estamos acostumbrados a quererlo todo y de inmediato, en un mundo donde la prisa se ha convertido en una constante. Ya no se tiene tiempo para encontrarse, y a menudo incluso en las familias se vuelve difícil reunirse y conversar con tranquilidad. La paciencia ha sido relegada por la prisa, ocasionando un daño grave a las personas. De hecho, ocupan su lugar la intolerancia, el nerviosismo y a veces la violencia gratuita, que provocan insatisfacción y cerrazón. Asimismo, en la era del *internet*, donde el espacio y el tiempo son suplantados por el “aquí y ahora”, la paciencia resulta extraña”. (*Spes non confundit*, § 4)

Debemos tomar conciencia de que esta tendencia cultural del aquí y ahora ha penetrado, por así decirlo, en nuestro corazón, en nuestra conciencia, en nuestra manera de vivir nuestro yo y, por tanto, en nuestra libertad. No nos damos cuenta de que, impregnada por esta tendencia, determinada por esta tendencia, la libertad sufre una regresión, una especie de alienación, porque no es libre, no es libre para elegir. El deseo de posesión inmediata se vuelve mayor que nuestra libertad, de modo que ésta es como si ya no tuviera espacio para la acción, espacio para ejercitarse, y así se asfixia. Hemos perdido la conciencia de que el espacio en el que respira la libertad es un deseo que no apresa lo que desea, sino que lo deja ser, lo ama sin asimilarlo a sí mismo.

Esta reducción de la libertad no es nueva en absoluto, porque es básicamente la característica del pecado original y, por tanto, de todo pecado. Internet no inventó nada. Eva y Adán agarraron el fruto prohibido que Dios les había señalado para que, mirándolo, ejercieran la libertad de un deseo que ni posee ni consume. El fruto prohibido también formaba parte del jardín que Dios había creado para ellos, así que les fue dado, era para ellos. Si Dios lo creó, si lo colocó en el jardín que creó para el hombre y la mujer, si no lo escondió, significa que este árbol y este fruto también fueron hechos y dados para el hombre. Sólo que no fue dado para ser tomado y consumido, sino para ser dado como un misterio que Dios les revelaría con el tiempo.

“Entonces la mujer se dio cuenta de que el árbol era bueno de comer, atrayente a los ojos y deseable para lograr inteligencia; así que tomó de su fruto y comió. Luego se lo dio a su marido, que también comió. Se les abrieron los ojos a los dos y descubrieron que estaban desnudos; y entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron. Cuando oyeron la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, Adán y su mujer se escondieron de la vista del Señor Dios entre los árboles del jardín. El Señor Dios llamó a Adán y le dijo: «¿Dónde estás?»” (Gn 3,6-9).

El fruto era “deseable para lograr inteligencia”. El deseo de inteligencia, el deseo de sabiduría es ciertamente un buen deseo que Dios ha puesto en el corazón humano. El error no está en este deseo, sino en pensar que la sabiduría consiste en la posesión del poder y no en la apertura humilde y confiada al don que Dios nos hace.

Habiendo caído en este error, el hombre y la mujer se cierran no sólo al don de todo, sino también al Dador que viene a ellos, y parece sorprenderse de no encontrar a la criatura humana que viene hacia Él como un niño que corre alegre hacia su padre que vuelve a casa. El pecado cierra el corazón a la espera de Dios. Y el hombre que pierde su apertura al Señor se hunde en el sentimiento de ser abandonado.

Es como si San Benito retomara entonces la historia humana desde este punto, desde ese momento en que Dios vuelve a buscar en medio de la multitud el corazón humano sediento de vida y de felicidad, y por tanto sediento de Él, sediento de Dios.

¿Cómo regresó Dios y volvió a buscar el corazón humano, sediento de Él pero escondido?

En la inminencia de su llegada a Jerusalén, donde sufrirá su pasión y muerte para resucitar al tercer día, Jesús reproduce la escena del paraíso terrenal al divisar al publicano Zaqueo escondido, como antes Adán y Eva, en las ramas de un árbol, un sicomoro. Jesús lo ve, lo llama, va a su casa y acoge su conversión (cf. Lc 19,1-10).

El comentario final de Jesús sobre esta escena es una frase que resume toda su misión: “Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.” (Lc 19,10)